

CRÓNICA

RECUERDOS DE MIRAFLORES DE LOS AÑOS 1940'S

Miraflores memories of the years 1940's

JAIME CÁCERES ENRÍQUEZ ¹



Postal. Busto de don Ricardo Palma, Av. Ricardo Palma, Miraflores, 1930-1940. Archivo Marilú Cerpa Moral.

RESUMEN

Se presenta una inédita crónica sobre el distrito de Miraflores, de la ciudad de Lima, de cómo era allá por los años de 1940's bajo la mirada del entonces joven autor, con un sentimiento de algo que se fue.

Palabras claves: Crónica, Miraflores, Lima, remembranza.

ABSTRACT

It is presented an unpublished story about district of Miraflores, in the city of Lima, from how it was back in the years of 1940's under the eye of the then young author, with a feeling of something that was.

Key words: Chronicle, Miraflores, Lima, remembrance.

El ritmo con que cambian las ciudades es cada vez más rápido. Este fenómeno no es exclusivo de Miraflores, ni de Lima, ni de Lima ni del Perú.

Una caminata por el centro del distrito nos permite confirmar lo que muchas veces es imposible hacerlo desde un automóvil: de la apacible Miraflores queda muy poco. Las transformaciones a que nos hemos referido inicialmente se han producido de forma impactante en los últimos 50 años, de manera tal que los

¹ Ex embajador del Perú en Argelia (1980). Autor de *Al Andalous au Pérou* y otros trabajos sobre la influencia morisca. Fallecido en 1998.

miraflores que nos mantenemos dentro de los límites del balneario, y que aún circulamos, podemos hacer un recuento casi histórico de sus barrios.

Mi recuerdo puede remontarse, inclusive, a los años 1930 's cuando mis padres se instalan en la cuadra 10 de la avenida Larco, donde nací. Lejos del moderno concepto de supermercados, mi madre contaba que del balcón de la casa hacía sus pedidos de leche fresca y legumbres a la vecina chacra de don Valerio. Este procedimiento varió luego con la llegada de doña Asunción, una fornida criolla que transportaba en su carrito frutas y vegetales y la presencia de la señora Huapaya, venerable anciana de rostro curtido por el aire marino, que venía con sus canastas llenas de pescado y mariscos, ofreciendo como obsequio para el niño de la casa hueveras e hígados de pescado. Nunca llegué a saber cómo podía cargar tanto peso, pues las cestas dejaban huella en sus arrugados brazos, ni cómo iba y venía desde el muelle de pescadores de Chorrillos a Miraflores trayendo el producto de la pesca que su hijo le entregaba.

Tampoco faltaban dos insustituibles fuentes de aprovisionamiento: el chino de la esquina, que también podía ser un japonés, donde se ofrecía todo tipo de productos; y, los callejones de gente humilde pero honrada que recibían ropa para lavar, expendían fruta y donde se concertaban trabajos con los maestros artesanos. Una amiga mía contemporánea, que también gusta de hacer estos recuerdos, añadía un elemento más en esta relación de vecindad con los callejones: *"Y se podía ingresar y circular sin riesgo alguno pues entonces la delincuencia era menor, la droga casi desconocida y el terrorismo inexistente."* En este recuento no podemos omitir un servicio de transporte interno que facilitaba el tránsito e impedía el congestionamiento. Me refiero al invalorable "Urbanito". Su ámbito, los límites

del distrito. Su relación con el tranvía permitía la transferencia de pagos para poder viajar a la capital o a los otros distritos. El trato del chofer-conductor e inclusive del implacable inspector era siempre correcto y hasta familiar. Qué abismo frente al desorbitado tránsito vehicular actual, a los taxis y colectivos que se disputan los clientes y a las temibles combis. Todo este conjunto, más que solucionar el tránsito lo complica con embotellamientos, emanaciones de gases tóxicos y ruidos molestos e innecesarios que una laudable campaña del actual Municipio de Miraflores está empeñada en erradicar.

Volviendo a la caminata emprendida por las calles del antiguo Miraflores, desde ciertos parámetros que nos hemos impuesto, auscultamos nuestro distrito desde las viejas casonas previas a la llegada al Parque Central tales como la que albergó a don Ricardo Palma, la Casa Biblioteca del Dr. Raúl Porras Barrenechea, que pocos recuerdan, fue en 1958 escenario de un hecho insólito. El presidente Prado, su gabinete, y el gobierno en pleno se constituyeron en la residencia de don Raúl para tomarle el juramento de ley como ministro de Relaciones Exteriores. Que yo sepa nunca se ha producido un hecho similar y podemos decir que, por algunos minutos, Miraflores fue sede del Gobierno Peruano. La casa donde funcionó Ínsula. La mansión de los Marsano y el Teatro que lleva su nombre. La casa donde vivió Ricardo Ríos, oficial mayor del Congreso, doblemente célebre por su conocimiento y experiencia en el procedimiento parlamentario y por sus almidonados cuellos; y, la casa estilo Tudor que fue sede por muchos años del Ministerio de Aeronáutica. Siguiendo hacia el mar y antes de entrar al Parque, a la derecha, la Avenida Pardo, bello espectáculo de señoriales residencias donde entre otras destacaba la Embajada de Brasil y donde la arboleda de ficus la hicieron famosa por la belleza de sus frondosidades

así como la ondulación de sus pistas y veredas debido a las raíces de los árboles.

Al lado izquierdo de esta entrada al Parque está la Alameda Palma, célebre por haber sido escenario de los paseos del ilustre don Ricardo y por haber acogido al Casino de Miraflores y al primer local de la Tiendecita Blanca. Al extremo este de la Alameda cruzaba el tranvía dividiendo linderos con Surquillo, dependiente entonces de Miraflores y donde se construyó el Mercado No. 1, hasta hoy en funciones.

El escenario central del Parque: La Iglesia Matriz y el actor principal de la época el padre Plasencia a quien nos parece estar viéndolo en la misa dominical y en las procesiones, sobre todo la del Hábeas donde en un carro bajo palio efectuaba todo el recorrido de rodillas portando la Custodia en medio de incienso, rezas y el incesante canto de: "*Tu Reinarás...*" y "*Salve, Salve...*" En un extremo del Parque y sobre la Avenida Larco: La Casa Neisser, la Librería Minerva y La Bodega Romana. En esta

misma área, el consultorio de los hermanos Cabrejos, uno médico, que llegó a ser Alcalde de Miraflores, y otro dentista. Atrás de este entorno, el singular pasaje Tello, donde vivía el ingeniero Augusto Cabrera La Rosa y, muy cerca, las familias Sommerfield y Llosa. Atravesando el Parque, el cinema Ricardo Palma y la tienda de dulces Vrovi. Junto a la Parroquia, donde la mayor parte de los mirafloresinos fuimos bautizados o recibimos algún otro sacramento, la inolvidable calle Lima en la que se ubicaban la vieja Comisaría y, al lado de ella, la Salchichería Alemana Paul Jun, y la pastelería que administraba con éxito, sobre todo los domingos a la salida de la misa, una señora gaga conocida tan sólo por los apelativos de *la ñanga ñanga* o *la goño goño*. Muy cerca, la heladería "El Pibe" y el tradicional café "Rendez Vous de D'Onofrio".

Siempre en dirección al mar, evocamos el pasaje los Pinos donde caprichosamente uno de estos árboles había crecido a la mitad de la pista pero que, entonces, nadie se atrevía a dis-



Postal. Av. Larco, Miraflores, 1940-1950. Archivo Marilú Cerpa Moral.

cutir su derecho a vivir. El Pasaje Los Pinos era muy bello pero también lo recordamos como albergue de gallinazas que junto a la humedad de los árboles, contribuían a darle un olor peculiar.

En esta zona estuvo la Legación del Japón que después de la Segunda. Guerra Mundial reabrió sus puertas bajo la hábil dirección de Minoru Takata. También la casa de los Avendaño. Recordemos otros hitos históricos, hoy desaparecidos: frente a la Avenida Larco, una gruta donde una imagen de la Virgen era permanentemente venerada con flores, velas y oraciones de los mirafloresinos. También, estaba por ahí la casona de don Luis Gallo Porras, alcalde de Lima, que se distinguía entre otras cosas por su florido jardín y sus loros y papagayos. Más hacia el malecón, muchas y bellas casas, grandes y pequeñas, que hoy resultan escondidos recuerdos frente a los descomunales edificios que invaden día a día la zona. Entre ellas merece especial mención la casa de los Porta, una de las más antiguas familias de Miraflores.

El término francés *chalet* es el que se utilizaba para denominar graciosas construcciones que sin llegar a ser casonas contaban con todos los elementos para vivir bien: rejas, jardín, cómoda distribución interna, teatinas, farolas y hasta huerto o corral al fondo. Valga esta ocasión para señalar cómo el llamado modernismo incursiona y acuña términos despectivos aún en la arquitectura. Hoy en día nadie, ni el más modesto propietario se atreve a construir su casa con adobe o quincha pues no es "material noble". Nada más ofensivo poner las cosas así para quienes como antiguos mirafloresinos hemos nacido y crecido en casas de adobe y de quincha y para quienes apreciamos aún hoy el estilo de construcción noble de las pocas residencias del Miraflores antiguo construidas con dicho material.

En nuestro recorrido no podemos dejar de mencionar otras familias vecinas a las avenidas Larco y Benavides, y las calles Los Pinos y Colón: Ahí estaban los Silvestre, Rehder, Henriod, Dora, Bruce, Heraud, Azula, Jiménez. También corresponde a este sector el cine Leuro que implantó la moda del lunes femenino a un precio menor del normal. El famoso Cream Rica. El Jardín Aliaga, la casa Nelson, la Bodega y Restaurant El Chasqui, la Asistencia Pública y el consultorio del Dr. Robinson, por un lado, y frente a él el consultorio dental del Dr. García Baudouin. Sobre la calle Colón, una peluquería de japoneses a la que todos íbamos. Los niños merecían la atención de un banquito especial sobre el sillón y unos dulces de confección nipona para entretenerlos. Una cortina separaba el área del negocio con la vivienda de los peluqueros, que nunca dejaban se viese lo que había detrás de ella.

Al final de la avenida 28 de julio, el tradicional Club Las Terrazas que servía no sólo para el deporte sino también para las fiestas de carnaval. Pero, volviendo a la avenida Larco encontramos sólo el recuerdo de lo que ahí existió y una sola familia que se mantiene: Los Hare. Han desaparecido la botica Arizmendi, el sastre Meza que vistió a medio Miraflores: un gordo tranquilo respetuoso y hábil en su trabajo. Al frente, el llamado "Descanso Larco", típica fonda de obreros que mantenía su fama de buena cocina y que yo recuerde nunca fue espectáculo de excesos a pesar de que no faltaban sus borrachitos de fin de semana. Al lado, la casa de los Desmaison con todos los atributos del pequeño chalet mirafloresino: rejas, jazmineros, arquitectura de comienzos de siglo. En dicha casa destacaba la figura de don Federico Desmaison, de tupidos y bien cuidados bigotes. Entre las cuadras 9, 10 y 11, las familias Schmitz, entrañables amigos y vecinos nuestros originarios de la antigua ciudad de Trier al pie del Mosella alemán. En ese hogar



Postal. Malecón de Miraflores, 1940-1950. Archivo Marilú Cerpa Moral.

católico creció monseñor Hermann Schmitz. También fueron nuestros vecinos los Barbier, los Mendiburu, los Marquina, los Tolmos y los Figari. En la siguiente cuadra nos acompañaron por muchos años amigos tan queridos como los Ramírez y los Parodi, donde destacaba la belleza de doña Isolina, recientemente fallecida. Ahí estaban también los Arregui, los Sorge, los Ureta ym, en la misma cuadra en los años 1950's, el señor Malatesta y la señora Esther que deleitaron a medio Lima con las exquisiteces de la cocina francesa del Chez André. Pertenecen también a esta zona la calle Manco Cápac donde existían establecimientos para alquilar bicicletas y la botica Serpa. De un lado, la casa de los Harten y, del otro, los Burneo y los Laske, descendientes de Alfonso Ugarte. En la calle José González vivieron muchos años el Doctor Carlos Rodríguez Pastor y las familias González del Águila y Bueno, y el embajador Guillermo Lohmann.

En la calle Porta, la familia Masías, cuyos descendientes, guardando la tradición familiar, permanecen aún en sus antiguos predios.

Antes de llegar al actual Parque Salazar recordamos a los Protzel, a una familia cubana de apellido Sotolongo, los Higuera y al diplomático belga De Trazegnies. La edificación e inauguración de la casa, hoy totalmente destruida, de los Aparicio Gómez Sánchez fue todo un suceso social. Es lamentable que hoy no queden rastros de ese imponente local que mereció otro destino del que hoy tenemos por delante: un pampón cercado de madera. Al otro lado de la avenida Larco, la casa de don Andrés Sas, célebre músico nacional.

Finaliza este recorrido con el Parque Salazar, el lugar de encuentro del vecindario donde sobre todo en verano se acudía sin temor alguno a caminar hasta pasada la medianoche. Hasta hoy existe un quiosco que la Parroquia de Fátima, bajo la hábil y empeñosa dedicación de la señora Avendaño construyese con el apoyo de otras señoras para lograr fondos parroquiales.

Constituía parte del entorno un personaje que había asumido con seriedad y dedicación sus labores de regidor del Municipio. Me refiero

al señor Correa Elías, quien en su automóvil particular recorría parques y jardines controlando que todo funcionase como es debido, dando instrucciones a los jardineros e inclusive ahuyentando a los rapazuelos.

Todavía en los años 1940's hemos alcanzado a escuchar pregones como los que anunciaban la venta de revolución caliente, tamales y otros, sin olvidar la presencia del impecable vendedor de alfajores y empanaditas: un señor de mandil blanco que portaba su mercadería en una caja de madera de donde extraía sus productos con pinzas. También tenemos presente la simpática figura de Pancho, el vendedor de helados y chocolate D'Onofrio que conocía a medio Miraflores y que se daba el lujo de vender al fiado.

¿Cómo olvidar los establecimientos de baño? La playa empedrada era lugar de reunión y la sogá que llegaba hasta la rompiente y era experiencia para hacer frente a las olas y aprovechar amistades que en más de un oportunidad culminarían en el Altar. Los domingos se dejaban escuchar los acordes de la Orquesta Laureano Martínez que amenizaban los bailes populares.

Párrafo aparte merece el recuerdo de la capillita de los padres jesuitas en la avenida Armendáriz. Ahí, apretadamente escuchábamos la misa y nos veíamos con los padres Menor, Castroviejo, Alarco Larrabure y otros. La misa, por cierto, era en Latín y el recogimiento nos permitía concentrarnos con la vista de los jardines del noviciado. Toda una época significó la labor del padre Urrutia, quien dedicó sus mayores esfuerzos en la construcción de la Iglesia de la Virgen de Fátima, hoy en servicio para toda la parroquia.

Esta crónica no pretende emular a las previamente publicadas por Luis León Herrera, Carlos Henriod, Ricardo Blume, Tomas Unger y otras más, ni a la maestría con que Elvira de Gálvez nos narra acerca de su Barranco. Se trata sólo de mal hilvanados recuerdos de un miraflorentino de nacimiento, y de domicilio, y de cumplir con algo que me insinuaba hace poco el embajador Miguel Bákula: Hay que registrar datos, fechas, personajes, pues la historia es responsabilidad de todos.

Imposible mencionar a la totalidad de familias por lo que las omisiones son involuntarias y deben ser borradas con el recuerdo y los escritos de otros miraflorentinos.

Sé que está en proyecto la publicación de un libro con aportes de vecinos y amigos, el mismo que estará prologado e ilustrado por el arquitecto Juan Gunther, quien nos deleitará con su estilo y fotografías antiguas. La sensibilidad cultural del señor alcalde se pondrá nuevamente en evidencia al patrocinar esta publicación.

Miraflores, diciembre de 1995.

AGRADECIMIENTOS

Al Sr. Ricardo La Torre Silva, quien trabajó como secretario del embajador Jaime Cáceres Enríquez (1992-1996). A la Sra. Marilú Cerpa Moral, por proporcionar las fotos postales para ilustrar esta crónica.